

COLECCIÓN FREUD  $\diamond$  LACAN  
Dirigida por Roberto Harari

**Ginette Michaud**

**FIGURAS DE LO REAL**  
**Clínica psicoanalítica**  
**de las psicosis**

Prólogo de Jean Oury

**Ediciones Nueva Visión**  
**Buenos Aires**

## Capítulo 2 A PROPÓSITO DEL ACTO EN LA PSICOSIS\*

### 1. Acto imposible en razón de la estructura de la psicosis, carencia de una inscripción significativa

Tratar del acto en la psicosis supone situarlo con referencia a la pulsión, de donde se deriva la necesidad de distinguir entre *acto* y *pasaje al acto*.

En efecto, a partir del seminario sobre *La angustia*, la noción de pasaje al acto está referida a la noción de *acting-out* despejada por Lacan en el despliegue de una *matriz de nueve casillas* sobre la que daré algunas explicaciones en el próximo capítulo.

He intentado desarrollar esta matriz comparándola con la *teoría de las catástrofes*, que deja en claro cómo surge la catástrofe en función del aumento en el potencial sustentador del sistema. En el caso de la matriz de nueve casillas, el potencial que modeliza el conjunto y habilita sus transformaciones es la angustia provocada por el deseo del Otro.\*\*

Se entrelazan aquí las cuestiones del objeto *a* y de la angustia. Para llevar la angustia al grado cero, el psicótico debe anular en sí el deseo del Otro y esperar del otro con minúscula el don de sentido que le permitirá soportar la falta de la falta, que le permitirá *humanizarse* y desligar la pulsión del objeto del deseo.

\* Capítulo elaborado sobre la base de una contribución al coloquio de la institución Espace analytique, celebrado el 9 de marzo de 1997.

\*\* Según el uso lacaniano.

¿Proviene del terapeuta el sentido del acto? ¿Será éste quien puede conferirle su dimensión?

Esta dimensión existe en el espacio de la transferencia, y la introducción de la variable "*presencia del otro*" permite sospechar que funciona como un tapón en el vector del acto con relación a las acciones desarrolladas ya por el paciente, testimonios de la lucha contra el deseo del Otro. Cuando simboliza lo imaginario, el psicótico no puede utilizar este registro en la estructuración de su existencia. Es preciso efectuarle, como sostiene Pankow, un *implante de imaginario*, cosa que no puede sino pasar por el espacio psíquico del terapeuta y por lo tanto de la transferencia, en la construcción que puede denominarse *tránsito-contratransferencial* y que yo llamaré *espacio metonímico*, habida cuenta de los procesos que en él se desenvuelven.

Este implante de imaginario es precisamente lo que demanda Paul en casi todas las sesiones: "Yo espero que usted me dé algo".

Este *algo* es del orden de lo humano. Por referencia a su analista precedente, Paul me demanda que lo vuelva "más humano" pero sin quitarle el espacio de vida en que él mismo se sitúa, el del pensamiento filosófico. Estamos en la cuadratura del círculo.

De igual modo, Harriet me demandaba que la curase del sufrimiento que le provocaban sus síntomas pero sin curarla de su psicosis. Me decía: "Para mí, mi psicosis es importante".

¿Y qué decir de esos enfermos psicóticos inteligentes y cultos que se reivindican "psicóticos" para significar su identidad?

Con su estilo de demanda, el sujeto psicótico —como Harriet— indica el lugar de la transferencia que se instaura.

*Sólo la dimensión de la transferencia permitirá que el acto se inscriba.* La cuestión que se plantea entonces al analista es la siguiente: ¿cómo permitir al paciente psicótico una inscripción de su historia, una posibilidad de acceso al acto que su estructura no permite? A mi juicio, este problema encuentra una forma de resolución en todo el trabajo de elaboración de un *practicable*, que un dispositivo analítico o psicoterapéutico puede instalar.

¿Podemos decir, después de Lacan, que en la psicosis el acto debe ser situado del lado del terapeuta, como interpretación particular referida a los decires o actuares del paciente? Por mi parte, sostengo que es el terapeuta el que mediante su interpretación va

a marcar su acto propio y, por lo tanto, el significante que el psicótico no puede inscribir.

Lo hace, bien sea mediante la lectura de los *objetos valija* o disociados, bien por la trans-inscripción,<sup>1</sup> bien por la lectura de momentos de historia del paciente que, en tanto extraídos del sentido, son transpuestos en objetos o enunciados.

La inscripción procedente del terapeuta permite al psicótico abandonar el *espacio de reserva* en el que se encuentra. Para actuar, el psicótico debe hallar un espacio donde poder operar el deslizamiento metonímico de su deseo, pero sin el sentimiento de peligro que esta operación le hace vivir regularmente.

Yo postulo, basándome en la clínica, que esto es posible e intento mostrar de qué modo la angustia, sostenida por la transferencia, permite en determinado momento el pasaje al acto de palabra y de significancia, la resolución de la angustia o la excitación y la recomposición de la historia traumática.

La noción de *pasaje al acto* en el sentido habitual del término es, sin duda, lo que resulta problemático en la psicosis. Y ello porque, diferenciado por Lacan del *acting-out*, se sitúa en el registro de las *acciones* ortogonales al eje del acto (registro que trabaja G. Taillandier en su comentario del seminario sobre *La angustia*).<sup>2</sup> Si en el psicótico el acto constituye ya un interrogante en relación con la angustia, las rupturas de esta última que constituyen el pasaje al acto y el *acting-out* —dirigidos a luchar contra su incremento, entendido como potencial— se presentan de modo muy diferente que en el neurótico.

Habría entonces, según la modelización de la matriz de nueve casillas, un abordaje diferente de la angustia, el acto y las acciones (pasaje al acto y *acting-out*) según las estructuras; y ello por cuanto, además, ninguna dialéctica entre ellas es posible en la psicosis: en el plano de la estructura, la psicosis está marcada por la no inscripción del acto significativo en razón del fracaso de la metáfora paterna. Así pues, los actos se reducirán a las acciones diversas que encontraremos en la patología.

Pero primero me es preciso aludir a la cuestión del acto fuera de la transferencia. ¿Qué estatuto tiene en el caso del psicótico?

<sup>1</sup> Véase *supra*, Primera parte, cap. 1, págs. 19-31.

<sup>2</sup> Véase *infra*, Primera parte, cap. 3, págs. 63-81.

El pasaje al acto sería el punto en que el psicótico tomaría en cuenta la pulsión, el deseo del Otro en él. Ahora bien, este deseo no puede sino ser destructor. El problema del pasaje al *hacer* viene a confirmar la destrucción y a reiniciar la angustia, en vez de calmarla como sucede en el neurótico.

## 2. El acto de palabra y la demanda que en él se inscribe

Para el psicótico, el acto es una toma de posición en el *espacio público*, y así no cesa de recordármelo Paul en cada sesión. Porque Paul, representante de todos los psicóticos, filósofo muy culto y psicótico grave, se reivindica como tal —al contrario que los neuróticos— y con una terminología exacta y refinada:

Nosotros, los psicóticos, no podemos hacer un acto, es eminentemente peligroso. Cuando ustedes, los neuróticos, hablan de peligro, se lo representan. Nosotros no podemos representárnoslo. El peligro está ahí, con la cosa dicha, por eso no podemos decirlo.

Como se ve, Paul une el acto y la palabra en el mismo movimiento. Hablar es una acción, para él la más grave de todas. Pero hablar no es hacer acto de lenguaje, no es decir. Sólo el *decir* tiene un sentido.

Paul me hace escuchar así la razón de la angustia masiva, invasora, que asciende en él ante la menor pregunta que yo le haga. Me hace escuchar que no puedo instarlo a hablar, interrogarlo, ni siquiera atreverme a sugerir que espero algo en forma de respuesta, que espero lo que fuere. En última instancia, el hecho de que yo esté ahí, frente a él, es ya demasiado.

O bien espero algo y es imposible, o bien no espero nada. Y en este caso, ¿qué hace él? Postular que habría tenido el deseo de venir es igualmente imposible, porque el deseo puede arrastrar al hombre a la acción y toda acción es peligrosa. Tenemos ahí presente la franja de lo Real, y Paul me lo significa.

En cuanto abre la boca en sesión, Paul se ve arrastrado a esta espiral de preguntas paradójicas, a menos que profiera de entrada frases preparatorias del terreno sobre el cual él entiende están situados nuestros intercambios: el discurso filosófico, única garan-

tía de coherencia y verdad. Todo lo que no es filosófico es humano, y en consecuencia la historia personal, los sentimientos, los acontecimientos, el azar, etc., pertenecen al campo de lo ilógico y no de la razón, y por ende al de la *bastardía* humana. Pronuncia así de entrada esta afirmación: “La lógica es importante para el hombre”, o un enunciado del mismo cuño apto para generar un comentario afirmativo. Tiene de ellos baterías completamente montadas que se suceden y organizan a la perfección. Son series que yo conozco y que no deberé interrumpir pues eso hará que la angustia aumente o determinará gestos conjuratorios acompañados de estereotipias verbales ininterrumpidas.

En el fondo Paul, desde las primeras sesiones, plantea las verdaderas preguntas.

Hay que volver quizás sobre el estatuto del acto como dimensión de la existencia, laborado en la percepción de esta última por acciones diversas que serían otros tantos compromisos entre el acto y el deseo del Otro; la ausencia de todo compromiso posible sería la reducción del sistema a cero con relación a la angustia, donde puede situarse lo Real. Se comprende entonces por qué Paul, quien se llama a sí mismo “el hombre de lo Real”, no puede estar en el acto. Si lo estuviera, ello equivaldría a situar el acto en su función de sentido con respecto a la pulsión, y en este caso no podríamos hablar de *acting-out* ni de *pasaje al acto* sino de acto constituyente para el sujeto; cosa que, para Paul, es imposible.

¿Cómo puede un acto adquirir su estatuto cuando adopta el movimiento de la pulsión, momento en el que se organiza —con arreglo a un modelo excéntrico— la percepción del deseo del Otro en tanto fuente de la angustia? En la psicosis, ¿se debe esta percepción a la pegadura otro / Otro?

El otro con quien conversar es percibido como peligroso. Hay que aniquilarlo, pero defenderse de él implica al mismo tiempo aniquilarse a sí mismo. En el caso del psicótico, ¿cómo despegar al otro del intercambio con el Otro absoluto sin pasar por el cero absoluto?<sup>3</sup> En esa despegadura —movimiento idéntico al de actuar la metáfora, servirse de ella, por ejemplo en el lenguaje— es donde se puede percibir el esfuerzo del psicótico por dar al acto un

<sup>3</sup> Véase D. Roulot, “Forclusion et fonction forclusive”, en *Actualités de la psychothérapie institutionnelle*, Vigneux, ediciones Matrice PI, col. “Pratique de l’institutionnel”, 1994, págs. 339-357.

estatuto que tenga sentido para él. Porque el acto proporciona a lo Real un límite, una dirección, por lo tanto un estatuto orientado en el espacio y el tiempo, y hace existir la historia, cosa justamente muy problemática para el psicótico.

El acto está en relación con el cuerpo. Muy a menudo la entrada en lo simbólico pasa por el corte de una parte del cuerpo (el prepucio en ciertos ritos de iniciación).

Hay pues un acto que, en la historia del sujeto, constituye corte e inscripción de su advenimiento social. Este acto inscribe al sujeto en el tiempo. Hay un antes y un después... Hay un antes de su casamiento, antes del accidente... Un acontecimiento para otra persona puede ser acto para un sujeto. Un psicótico inteligente formula esto muy bien.

Un acto es una inscripción significativa. Ahora bien, para el psicótico no puede haber inscripción significativa por falta de inscripción de la metáfora paterna. Paul dice que él no puede existir en su historia porque su padre, justamente, no se la transmitió. Él tuvo que afrontar "una falta de madre y un vacío de padre", dice.

Vale el ejemplo que da Lacan en el seminario sobre *La angustia*: "Disparar un tiro es actuar, casarse es un acto";<sup>4</sup> sancionado por un acto social —añadiré yo— que inscribe al sujeto en la historia.

Y Paul continúa:

Para el hombre de lo real sólo tienen sentido la lógica y la filosofía. Las llamadas ciencias humanas no tienen sentido. Las ciencias humanas dan cabida al azar, la historia da cabida al azar y por lo tanto no tiene ningún sentido. El sentido de la historia es un absurdo.

Para el psicótico no hay acuerdo posible con el *espacio público* y con todo lo que en él se inserta: el tiempo social, la historia, el trabajo, lo rentable, el producto, etc. En consecuencia, no hay acto posible que inscriba una historia, sea social o personal.

El establecimiento de esta ausencia de acto en la vida del psicótico —la ausencia de la posibilidad de *plantear un acto*, que es una expresión de moda— se conjuga con su estructura.

<sup>4</sup> Véase J. Lacan, *La angustia*, Libro X (1962-1963), seminario inédito del 20 de marzo de 1963.

El psicótico es alguien que dice, y que no tiene nada que encontrar detrás de su decir. No tiene discurso que *quiera decir*. El psicótico no puede decir, dice. Es "hombre de habla, no de lenguaje", asegura Paul.

La *metáfora* es el medio de decir para decir. No es de extrañar entonces que el psicótico no la produzca. Está la *cosa*, y no hay palabra para decirla.

De ahí nació mi interés por dichas *cosas*, el trabajo sobre los discursos de las cosas: palabras-valija, objetos depositados allí no para que hicieran de palabras sino palabras, pedazos de Real, *figuras de este Real* que pueden ser *presentaciones* de este Real. No están allí para decir que eso existe sino que existen por decir *eso*, por no hacer falta decirlo, por no poder ser dicho.

### 3. ¿Cómo hacer acto analítico?

Dicho de otro modo, ¿cómo inscribir algo que sea acto para el paciente psicótico?

Nos es fácil hallar numerosos y típicos ejemplos de actos que extrapolamos al lugar del término acción: todos los que conciernen al tiempo, todos los que conciernen al cuerpo del analista (véase Pankow), todos los que tienen vocación de reconstruir y sobre los cuales se apoya la terapia, o la autoterapia; como se ve, por ejemplo, en las obras de los parafrénicos constructores.

Según nos lo propone Paul, entre los actos posibles en la clínica con psicóticos podemos mencionar aquellos que implican la pregunta más relevante: los *actos de palabra*.

El paciente habla, pero lo que dice ¿es un acto? Que es una acción está fuera de dudas. El paciente actúa, pero lo que hace, ¿es por ello un decir?

Hemos visto que, para Paul, hablar no es forzosamente un acto.

Así, Paul habla la lengua de la filosofía para no efectuar un acto de intercambio por el lenguaje. ¿Qué sentido tiene esta frase de Paul: "El psicótico es un ser de habla, pero no de lenguaje"? ¿Cómo podría un ser de habla acceder al lenguaje si éste es el vehículo de intercambio que él rechaza por peligroso y la marca de lo humano, que también rechaza?

Lo que el psicótico hace, ¿es un decir? He aquí un campo de

reflexión sobre esos soportes de sentido que son los materiales utilizados en los tratamientos no encuadrados en la cura tipo. Me refiero a los dibujos y modelados de niños o enfermos psicóticos, los juegos con objetos y, por último, situaciones como el psicodrama.

Harriet, por ejemplo, trae a sesión objetos como si fuesen palabras o jeroglíficos a descifrar; Marielle (de quien hablaré más adelante) trae primero animales vivos o muertos en una intención agresiva contra la analista, antes de poder hacer el camino del descubrimiento de su identidad y de pasar a un lenguaje más metafórico de intercambio.

Tomaré entonces como *ejemplo de acto* el hecho de traer algo al espacio del análisis. No diré "al analista", porque así parecería ya resuelto. En efecto, desde Freud en adelante, es usual en la cura tipo —encuadre y regla de abstinencia obligan— no aceptar ningún *regalo*, salvo para interpretarlo de entrada. Cosa no tan fácil, aunque al menos la claridad del gesto permite convertirlo en material capitalizable para la interpretación; en sustancia, un objeto que exteriorice una palabra no dicha, un *acting-out*, se lo lleve al consultorio del analista o a otro sitio, objeto soporte de la relación.

Con un paciente psicótico, el acto analítico, la construcción, la interpretación radicarían entonces en dar sentido a esa acción de traer algo a sesión, y transformar en acto la acción de marras mediante el trabajo analítico.

El asunto es más difícil con las estructuras perversas o *border line* o en la defensa perversa contra la depresión. El objeto es el soporte del mensaje pero también el objeto metafórico del goce del paciente. Este goce de poner al otro en dificultades está más próximo al discurso del perverso, cuando éste hace una pregunta cuya respuesta ya conoce pero no para esperar una respuesta del analista, sino para gozar de su embarazo.

El objeto puede ser no metaforizable. Corresponde al analista darle esta función, como veremos luego en el caso de Marielle.

En ocasiones, actos de esta índole se acercan mucho a los de pacientes psicóticos, pero el tipo de discurso proferido no es el mismo. Hay en el primero un discurso posible *sobre* el objeto y que hasta puede ser un discurso de desconocimiento, pero no lo hay en el segundo, salvo la mención de una necesidad. "Yo *tenía* que traerle esto." Se trata de un *decir* contra un *dicho*.

#### 4. Inscripciones metonímicas en la cura según el tipo de discurso o de objeto aportado por el paciente como material

El objeto en la cura del psicótico no tiene estatuto de soporte del *acting*, sino que debe ser descubierto, sostenido o movilizado.

En el neurótico, ese objeto es una metáfora. En el enfermo *pulsional*, agresivo, es la prolongación de su cuerpo, el instrumento en sentido propio, conforme la definición de la herramienta. En el psicótico, es un depósito de sentido.

En la cura de psicóticos, cuando el intercambio surge se produce una reactivación metafórica por el sesgo de la producción. Es el caso de los modelados, en los que queda representada la agresividad cuando el objeto abandona su condición de herramienta de la pulsión de destrucción. Es posible observar un pasaje por transición metonímica, de los objetos brutos, *objetos cuerpo* —en tanto prolongaciones del cuerpo del paciente— que expresan afectos, a las representaciones. Estos *objetos cuerpo* son también objetos de seducción y soportes del acto agresivo, y subrayan la importancia de la transferencia.

##### *Marielle*

Marielle vino a verme a la edad de veintidós años, en 1965, o sea hace casi treinta y cinco años. Lo hizo por dificultades para trabajar, trastornos de la concentración, períodos de despersonalización, alucinaciones visuales, alucinaciones auditivas no verbales —un tema musical desconocido, recurrente—, y sobre todo falta de apetito de vivir y un repliegue autístico cuyo incremento la asustaba y le causaba un gran sufrimiento. Por lo demás, llevaba una vida social casi normal.

Su estado no era depresivo pero ella tenía la impresión de que "todo era nada". No podía sentir. No podía anudar lazos con varones. Era fóbica a los hombres y jamás había experimentado ningún sentimiento a su respecto.

Pocas precisiones sobre su historia obtuve de entrevistas preliminares que se desarrollaron en la más total vaguedad, pero que no pude prolongar indefinidamente. Los acontecimientos encontraron cabida y se completaron, pues, en el curso del trabajo.

El hecho decisivo de su historia fue haber sido criada en el

engaño. Su madre había tenido que ser hospitalizada por un plazo previsto para muchos años, de modo que el padre se quedó con la guarda de la niña. Ésta fue entregada a la hermana del padre, que no estaba casada y que, llevando el apellido del padre, se hacía llamar “señora” y hacía pasar a su sobrina por su hija. Marielle la llamaba, pues, “mamá”.

Ésta era la versión que se había dado en la escuela y en el barrio, lo mismo que en el lugar de trabajo de su tía.

Esta tía la crió en una simbiosis patológica; la hizo dormir en su cama hasta los catorce años, no le permitía traer amigas a la casa y todos los veranos iba sola con ella de vacaciones. Recibía al padre de Marielle algunos días por mes.

Durante el primer año de análisis la confusión fue completa. Marielle hablaba de su madre mencionando a su tía. Mis demandas de aclaración quedaban sin respuesta. Sólo obtenía algunas tangenciales, causantes de bloqueos, incomprensibles para mí al principio.<sup>5</sup> Inicié el análisis en la creencia de que había sido más o menos criada por una madre sola, tiránica y loca, que se negaba a que su padre la viera.

El análisis de Marielle empezó bajo estos auspicios y sólo después de un tiempo bastante largo se aclaró la confusión y pasó al primer plano el fantasma—que luego se demostró sustentado por el discurso de la tía— de que su madre la había abandonado.

El análisis tomó entonces un cauce difícil. Yo pasé a ser la madre mala a quien Marielle se negaba a llamar de otro modo que por el pronombre “ella”, y era también la tía, la *madre-tía* [*mère-tante*]: “la mer-te”, decía, recargando sobre “te”. Muchas veces no pude distinguir si *merte* era la tía o la madre. Tuvo que andarse un largo camino para que Marielle separase las palabras *madre* y *tía*, y pudiese hablar del odio a su madre con palabras.

En control entonces con Gisela Pankow para este caso, muy pronto demandé a mi paciente el aporte de modelados.

En este período de comienzo de su análisis Marielle se negó a traer modelados y trajo en cambio objetos *brutos*, agresores por sí solos. El odio se expresaba sin pasar por el lenguaje o por alguna

<sup>5</sup> Sin embargo, Marielle tenía hermanos y hermanas del matrimonio de su padre, algunos de los cuales habían sido confiados a la familia paterna. Los había visto algunas veces siendo muy niña y era consciente de su parentesco. Esto se fue aclarando de a poco.

otra forma expresiva, al mismo tiempo que salía a relucir una fase de manipulación perversa en forma de *actings* (manipulación del encuadre: retrasos, inasistencias y *actings* diversos como bombardeos con miga de pan, por ejemplo) y en la fonostilística del discurso: juegos de palabras, tono ligero, irónico o despectivo. Pude explicarme este período como una defensa perversa contra la psicosis, tan difícil era para Marielle estructurarse en la perversión de la pareja incestuosa hermana-hermano que la había criado. Porque, por supuesto, el padre había contribuido activamente a este libreto. La *función paterna* tenía todas las posibilidades de no instalarse correctamente.

En esta fase de odio, pues, Marielle trajo objetos. El primero fue una caca humeante en una caja de queso camembert: “la mer-te”<sup>\*</sup>—sólo más tarde advertí el juego de palabras, que era sin embargo evidente, pues me había quedado fijada a *mère-tante*— que acababa de *hacer* ella en el pasillo, angustiada ante la posibilidad de que la sorprendieran ocupada en esta labor sobre el felpudo de su analista. Traté este don como lo hace una madre con su hijo de dos años.

Ésta fue la primera *respuesta* a mi demanda “de traer algo que ella hubiese hecho para el análisis”, así como la ocasión de un primer enunciado que pudiese cumplir oficio de castración simbólica.<sup>\*\*</sup> En un primer movimiento le pedí que me acompañara al baño y puse el objeto en el lugar que le correspondía, felicitándola: “¡Oh, qué caca preciosa, entera y todo!” Luego le pregunté: “¿Quién tira la cadena?” Me respondió: “Usted”. Yo le aseguré, sonriendo: “No, usted, le corresponde a usted”. Molesta, me dijo: “No, usted”. Y yo recuerdo haberle dicho, antes de hacerlo: “Está bien, lo hago por usted”, recalcando el *por usted*.

Terminaron después en mi baño, donde ella se había permitido entrar, una paloma muerta recogida en la calle y en otra sesión una enorme araña metida en una caja grande de fósforos a la que siguió tiempo después otra, de goma y con ojos verdes, que un resorte hacía brotar de un paquete de cigarrillos a la manera de esos *diablejos* comúnmente utilizados para este tipo de *chasco*.

Marielle pudo pasar de la araña viva a la araña representación porque, afortunadamente para ella, yo no soy fóbica a las arañas y

<sup>\*</sup> “Mer-te” y *merde*, mierda, son homofónicos con excepción de la consonante final, “te” y “de”, asociables de todas formas en la escucha. [N. de la T.]

<sup>\*\*</sup> En el sentido de F. Dolto.

había recibido a la primera con una gran calma, al revés que ella, que por su causa esa noche no pudo dormir. Con la segunda araña quiso hacerme reaccionar. Tampoco aquí rechisté, dado que esperaba de ella cualquier cosa y estaba sobre aviso. Esto fue analizado más tarde como un viraje en el que su agresividad no me había asustado y en el que la recibí mostrándole mi "solidez ante su deseo de manipulación", como ella lo formuló. En lo consciente se había sentido humillada, pero en realidad la tranquilizó el que yo le opusiera "una pared".

En la etapa de trabajo sobre la *pareja parental* tuvo que enfrentarse con la imagen de un padre seductor que no podía defenderla de la madre mala: de la "mer-te". Marielle habría necesitado una imagen de madre serena y tranquilizadora, capaz de mostrarle que podía tomar su agresividad "como un juego".

Así fue en verdad como sintió la cosa, pues si entonces me mostré serena fue porque lo estaba en esa época, pero en ningún caso entendí como un juego lo que ocurría sino como una verdadera tentativa de contacto agresivo: tras la enormidad del *episodio de la caca en la caja de queso*, pensé que tal vez ella no conocía nada distinto. Me alegró que pasara de la caca metida en la caja, inerte y humeante (agresión olfativa), a otra caja que contenía algo vivo.

Tomé también la tercera caja con la araña como un gran progreso. Marielle simbolizaba por primera vez un animal vivo en su representación, aunque no pudiera renunciar a poderlo todo sobre mí intentando asustarme por sorpresa como se entiende que lo hacen los objetos de ese tipo. Entre tanto, había pasado por un animal muerto (la paloma) para significar sin duda que la simbolización es la muerte del objeto, pero esto no lo analizamos. Es sólo una deducción que se impuso en esa época.

La técnica de trabajo con modelados en los adultos es diferente. No encontramos las figuras de desarrollo como en el niño, con las fases de dos pelotas, tres pelotas, etc., como nos lo enseña Françoise Dolto indicando el paso de la imagen de base oral a la imagen anal: la evolución del adulto es completa y compleja y representa todos los estadios. Con su método, Pankow propone en este aspecto considerar en el modelado tanto la imagen de base modelizada por la forma en una *primera función de la imagen del cuerpo*, como el resultado, en la imagen del cuerpo, de la inscripción de su historia en la *segunda función*. Con Marielle, rápidamente perdí todo punto de referencia.

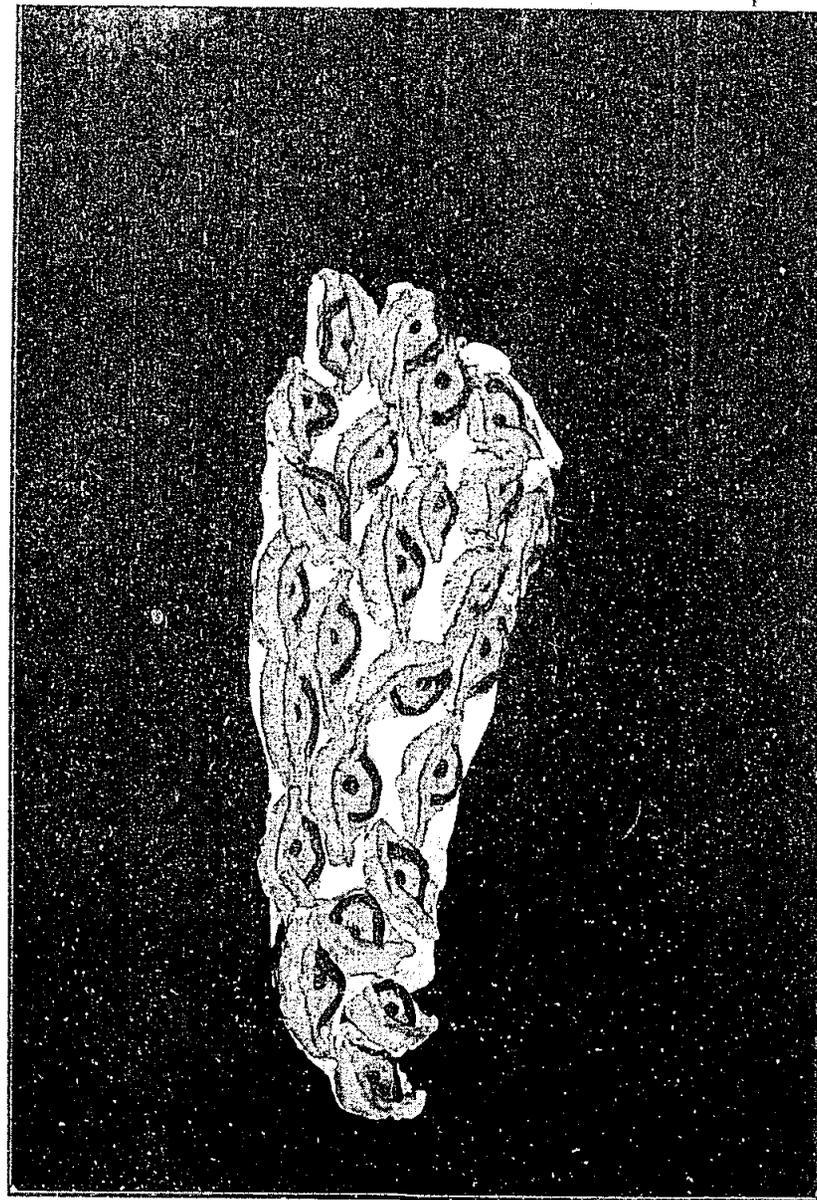


Lámina 4

Vinieron después los modelados de los objetos parciales orales, anales, escópicos, en modalidad sádica: ojos multiplicando una mirada sobre la escena primaria (lámina 4), bocas devoradoras,

uñas arañando en una caja (lámina 5), nalgas pasando por el agujero de una pared y estriadas por una maestra (lámina 6) que ilustraban el fantasma "Pegan a un niño" y correspondían a un pasaje de agresividad culminante. Éste fue el *período de los monstruos*, como tenía yo costumbre de pedirlos siguiendo en esto a Gisela Pankow y Françoise Dolto, con quienes trabajaba. Marielle hizo entonces modelados de partes del cuerpo de tipo marcadamente psicótico, o del cuerpo-monstruo.

Sabemos que, en la primera infancia, la relación feliz con la madre va a posibilitar la integración de las percepciones fragmentadas en objetos que deben ser, como dice Françoise Dolto, "mamizados" a medida que van siendo nombrados, y que quedarían integrados al ser hablados en la cura. De este modo surgirá la unidad de la madre como objeto y la del niño como *unidad narcisista*. Esto se hace *harto* dificultoso cuando la propia madre no tiene claras sus castraciones y por lo tanto no dispone de una palabra liberada para hablar a su hijo. En la cura, Marielle exhibía momentos diferentes de esta problemática: objetos despedazados u objetos combinados en una unidad no humana que me hicieron preguntarme por los primeros años de construcción de su *unidad arcaica*, si se la puede llamar así. En efecto, el objeto humano es peligroso para un niño que no ha establecido una relación constructiva feliz con su madre o los sustitutos de ésta. Para platicar y *crecer*, utilizará más fácilmente objetos materiales o máquinas o dividirá el cuerpo humano en partes controlables en razón de su fragmentación. Integrará después la noción de unidad viva no humana (los animales) y, si su miedo ha desaparecido, podrá acercarse a los *otros* humanos humanizando las cosas vivas (los vegetales y animales). Así podemos comprender el éxito de Françoise Dolto con la *muñeca flor* en el tratamiento de niños gravemente afectados.

Los modelados traídos por Marielle oscilaban entre objetos parciales vividos como portadores de sadismo y objetos despedazados recompuestos en una tentativa de lograr formas humanas incompletas: manos-pies (lámina 7), cabeza-boca, boca-vulva, pies; morcillas en punta, cuerpos erectos en punta, pedazos del interior del cuerpo. A veces aparecía una imagen entera de cuerpo, pero en una escena de sadismo *materno*, tipo "pegan a un niño": la paliza dada a los niños primero alineados y luego con nalgas aisladas y

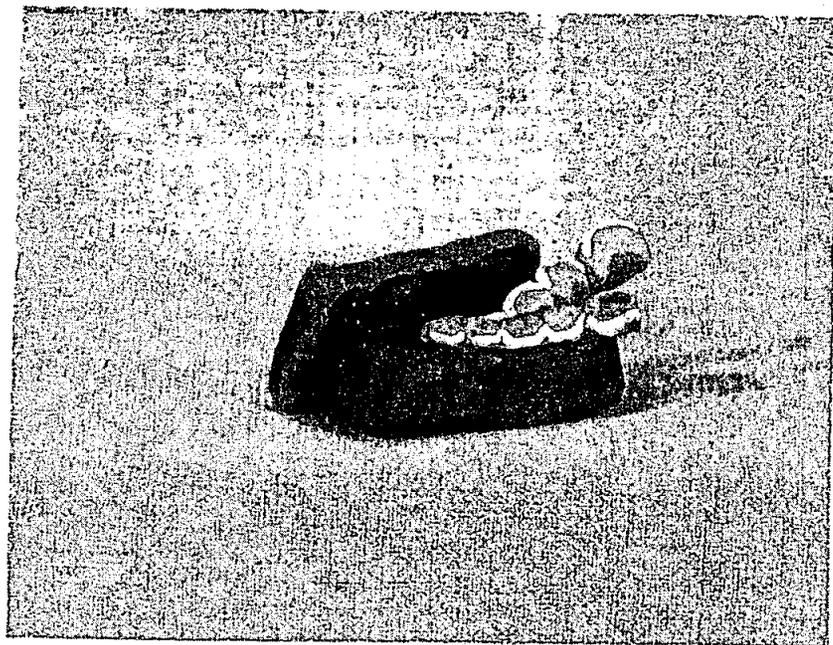


Lámina 5

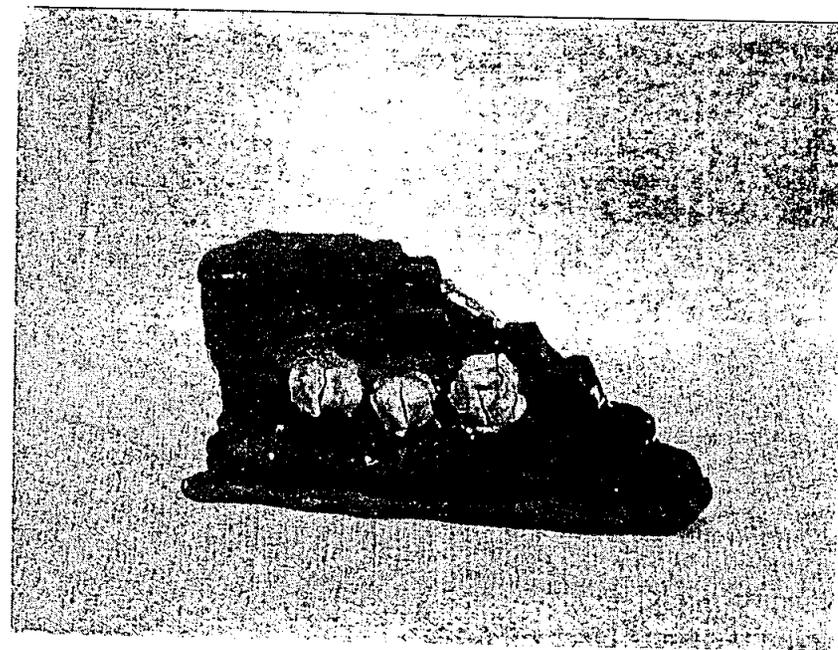


Lámina 6

sólo visibles por agujeros en la pared (lámina 6). La principal pregunta para mí en ese momento era: ¿cómo fue para Marielle su madre de la primera infancia? Ella parecía haber regresado a ese momento de relación en el que asoma una demanda a esta madre: "Mamá de aquella época, ¡haz algo! Algo que no habría sido hecho. ¡Dame una unidad y dame la palabra!"

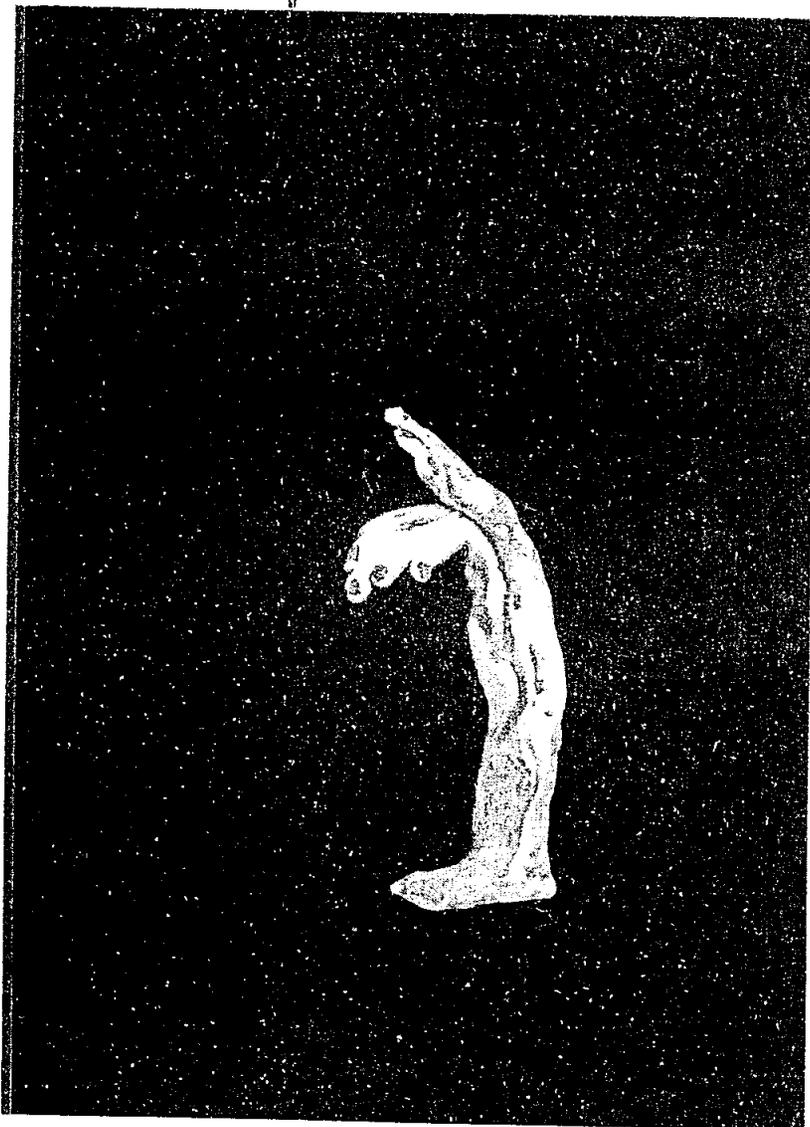


Lámina 7

La perseguía en aquel momento una música que ella llamaba música negra, con una visión de movimientos de bailarines y bailarinas africanos dibujados por ella regularmente. Siendo una bebé, había pasado unos meses sola con su padre en África. ¿Pero cuándo? Lo ignoro. Probablemente fue *dada* a su tía a continuación de este viaje. Ella decía aún "madre". Ante la *confusión semántica*, le dije:

Su madre y su tía son dos mujeres diferentes. Una es la que la trajo al mundo. La otra es la hermana de su padre. Si usted la llama su madre es porque ella jugó al papá y a la mamá con su propio hermano, con usted como hija. Eso no es asunto suyo.

Después de esta intervención, que para ella fue como un electrochoque, recobró el sentimiento de haber sido amada y también recuerdos de su madre. Pretendía no tener ninguno.

El odio fue *vomitado* de su cuerpo (lámina 8).

Yo fui entonces la madre amante que se dibujó progresivamente y se hizo perceptible a través de modelados de maternidad y de cuerpos enteros (lámina 9) que pasaban por representaciones de animales: el animal salido del caos, la llama de suave lana, luego el animal de grandes orejas, suave también (el zorro de Sahara), luego la mujer zorra de grandes orejas, luego la mujer capaz de oír, y por fin la analista que inscribe su historia (lámina 10). También aquí vemos cómo modela ella las características del animal desprovisto de peligro, privilegiando lo que va a poder ser simbolizado: las orejas, la palabra. Había reservado para este tipo de modelados el color naranja, color de fuego y de sol, de vida. Cabe destacar que los modelados no se hicieron en períodos sucesivos sino distanciados unos de otros, lo cual torna aun más ostensible la dinámica inconsciente que inscribirá la simbolización.

La fase de los modelados duró un año y medio. Una vez que dejó de hacer modelados Marielle prosiguió su análisis de la manera más clásica, durante alrededor de cuatro años.

El análisis desembocó en una asunción de la realidad de su historia. Un velo se desgarró y los acontecimientos recobraron sus lugares respectivos después de un lapsus en el que ella me llamó "su madre", cuando contaba cómo había cesado yo de representar "su mer-te" y luego su tía. Reclamó a su familia explicaciones sobre su historia, buscó a su madre y la encontró. Supo que tenía un padrastro y un hermano más joven. Todo esto llevó dos años.

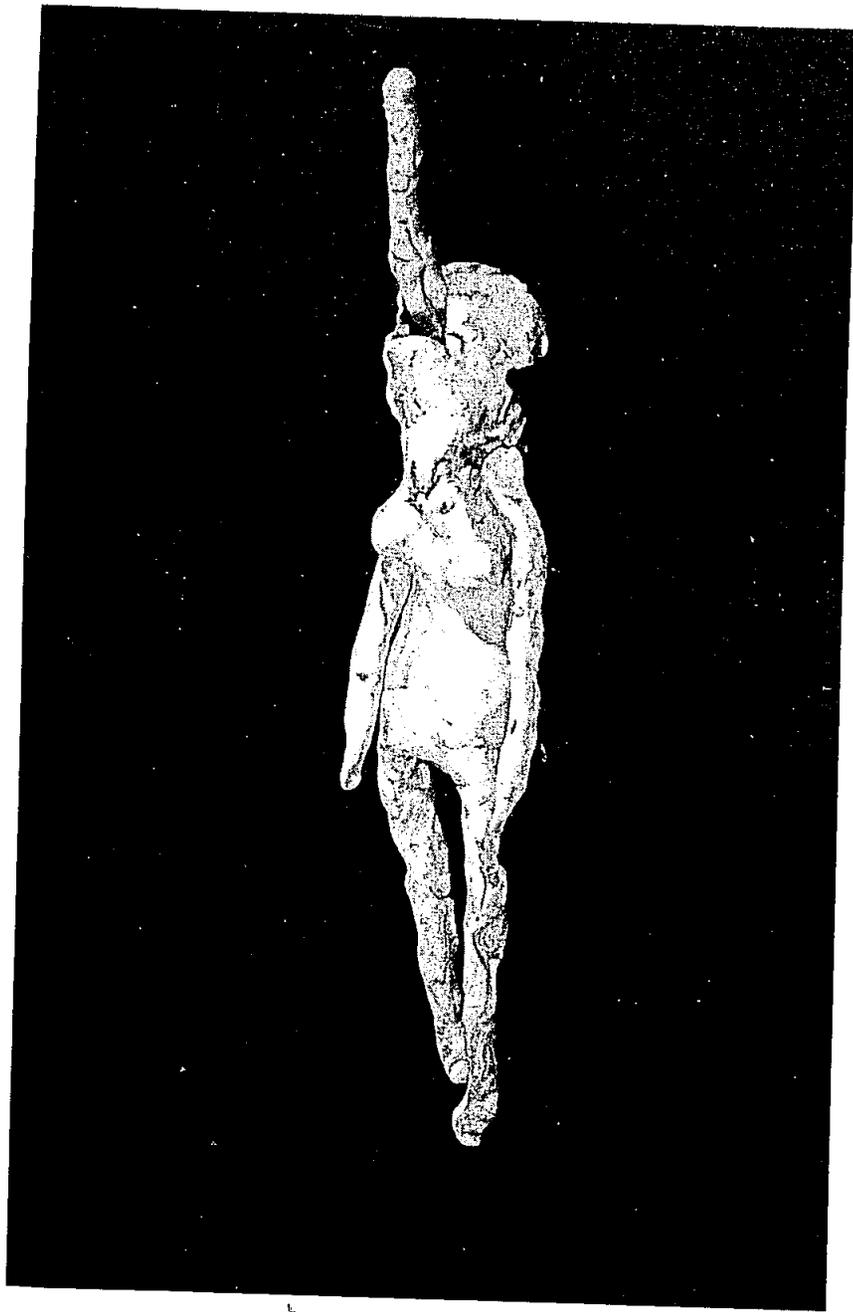


Lámina 8

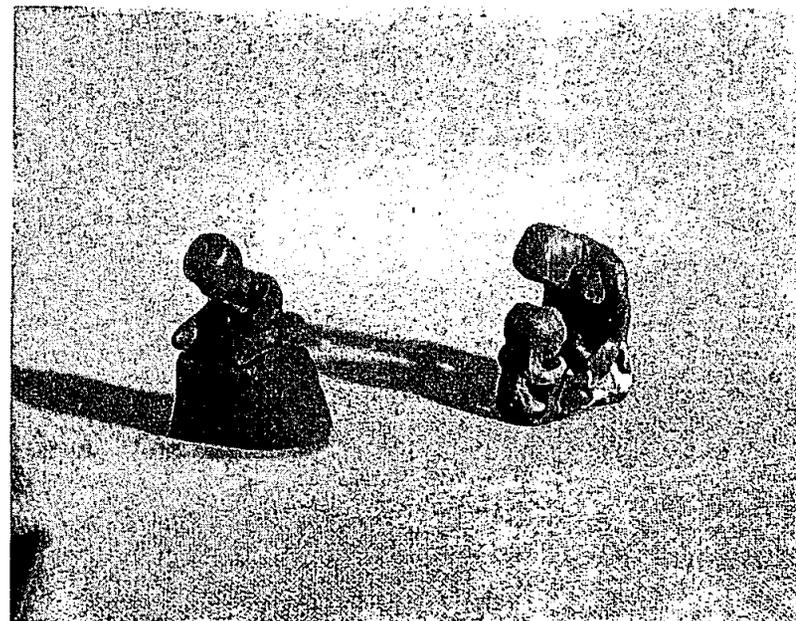


Lámina 9

Durante este tiempo se realizó el trabajo del deseo incestuoso hacia el padre, que giraba alrededor del *período africano* pese a situarse antes de sus dos años. Momento difícil del análisis, inductor de asociaciones sobre las diferentes *cajas* del comienzo de éste y sobre los tam-tam, cuyos ruidos y forma habían quedado inscriptos en ella. Para mi gran asombro, en efecto, observé en los dibujos de danza y música negra que me trajo que hacía los tam-tam exactamente con la forma de la caja de queso aportada junto con el *primer objeto del delito*.

Sus asociaciones giraron en torno de una escena, si no recuerdo mal, en que su padre habría seducido a una mujer (¿su niñera?) durante una fiesta africana con ruidos, música y tam-tam. El episodio era impreciso. Tras esta evocación, la alucinación de la música africana desapareció. Yo le hice una interpretación referida a la parte de agresividad dirigida hacia sí misma que se escondía tras esa alucinación, y por otro lado sobre las cajas que me había traído, continentes del soporte agresivo. Esta interpretación fue bien aceptada, lo mismo que aquella en que subrayé la metaforización de esa agresión en los modelados posteriores. Ambas quedamos muy satisfechas con esta parte del trabajo.

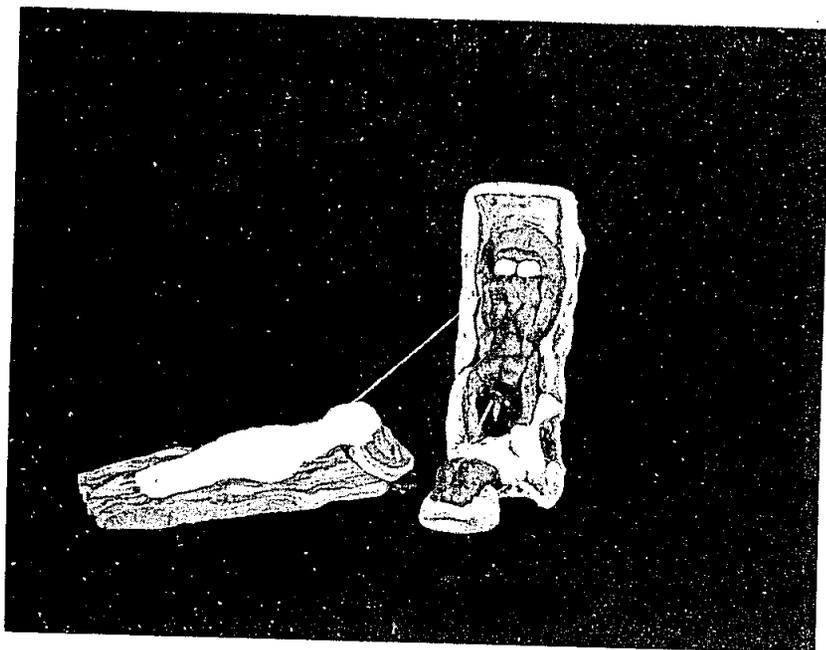


Lámina 10

Marielle frecuentó a su madre por un tiempo pero, mientras continuaba su análisis, hizo otros *actings*: seducir a su padrastro y poner en escena una situación edípica de efecto retardado, a raíz de lo cual las relaciones con su madre sufrieron una interrupción de varios meses; luego se reanudaron, en enfrentamientos patéticos. Marielle hizo pagar, pues, a su madre por el fantasma de abandono que había tenido que reprimir (¿pero se trataba realmente de una represión?) al mismo tiempo que establecía la realidad de su historia.

No había existido ningún abandono. Su madre la había confiado al padre al entrar al hospital sabiendo que esa hospitalización iba a ser corta, y no muy larga como le había dicho su tía. En esas circunstancias su padre convenció a la madre de su hija, con quien no se había casado, de que ésta estaría bien en casa de su hermana. Al parecer, él ya conocía a la otra mujer con la que después se casó y de la que tuvo otros hijos, pero la madre de su hija no lo sabía. Cuando salió del hospital, intentó recobrar a su hija pero no quiso involucrarla en los descabros y reyertas que vinieron a continuación. No pudo conseguir, en efecto, que su cuñada ni su ex pareja

la dejaran ver a su hija normalmente. Como no estaban casados y él disponía de la autoridad parental, hacía lo que quería. Ella no tenía dinero para hacer un juicio. Más tarde, ante tantas complicaciones, se cansó de luchar contra su ex pareja y se casó a su vez, después de lo cual vivió, me parece, una larga temporada en el extranjero.

El conocimiento de todo esto coincidió con el fin del análisis. Marielle pasó por un período depresivo y luego conoció a un hombre en el que podía confiar y restableció relaciones más sanas con sus dos familias, aunque sin lograr reconciliarlas. Se casó, creo. Al final de su cura me autorizó a hablar de su trabajo conmigo. Hace casi treinta y cinco años que no tengo noticias de ella.

Marielle pasó, pues, por una fase en la que no podía servirse de las palabras para expresar su odio, y entonces traía objetos.

Así como en las curas de neuróticos el objeto aportado es el soporte del regalo, tentativa de seducción del analista, resistencia a la transferencia e índice de ésta, para Marielle el objeto es soporte del odio. Pero se ve igualmente que el odio encarnado en los objetos no puede tener el estatuto de *objeto* que yo llamé de *tercer tipo*. Tienen un estatuto intermedio entre los *objetos soportes de afectos* y los *objetos depósito*, soportes de las representaciones de pedazos de historia, como lo expondré más adelante.

Para Marielle la transición podrá efectuarse y pasar del *objeto vivo* como expresión de la pulsión de odio viviente en ella, al objeto muerto, a la representación de este objeto y luego al discurso sobre esta representación.

En eso estaba yo cuando recibí a Marielle. Ayudada por Gisela Pankow, con quien efectuaba —lo he dicho ya— el control de este caso, intentaba saber cómo podían operar las *dos funciones simbolizantes de la imagen del cuerpo* con relación al contenido de las sesiones y a los objetos o modelados aportados en la cura; esto, con relación a las *formas y contenidos* en cuanto a la *primera función*, y al *sentido de su historia* en cuanto a la segunda. No podía sino interrogarme empero sobre la evidente operatividad de mis intervenciones en la transferencia, habida cuenta de lo que yo podía enunciar como verdad de su historia y como enunciación de la ley humana, según lo dice Françoise Dolto. Esta enunciación no dejó de suscitar mi reflexión sobre el hecho de que, a partir de esa enunciación, su conducta cambió: noté una ampliación de sus

intereses, una inserción más clara en la realidad, una desaparición de ciertos comportamientos perversos, una mayor capacidad asociativa. Al mismo tiempo, Marielle experimentó por primera vez el sentimiento de una mayor *presencia* ante las cosas y personas y sobre todo la aparición del deseo, que le parecía vedado de por vida. Surgieron nuevos intereses profesionales así como sentimientos amorosos que jamás había experimentado. En conclusión, Marielle había instalado aquello que, con posterioridad, denominé *practicable* interno.

La importancia que tenía para mí en esa época el lugar de la palabra del padre como significante de la ley me impidió percibir por algún tiempo lo que Françoise Dolto llama castraciones simbólicas, que sin embargo eran patentes en este caso.

En efecto, sólo cuando la madre enuncie la prohibición de las satisfacciones regresivas en relación con su edad podrá el niño obtener satisfacciones simbólicas que le procurarán aperturas nuevas, esperadas regularmente en un desarrollo normal para su edad.

En el caso de Marielle, la situación edípica, período de la castración simbólica genital, no era posible pues no había sido preparada por un trabajo de castración previa a los otros estadios, a cargo de *adultos tutelares* castrados a su vez correctamente. Hemos visto en su historia hasta qué punto se encontraban lejos de ello los adultos que se ocuparon de ella en su infancia, el padre y la tía.

De ahí la importancia de la enunciación de la ley en períodos que corresponderían a las castraciones oral y anal.

La castración oral permitió a Marielle prescindir del placer de devoración (ataques contra mi persona) al integrar cómo era requerida la palabra y cuánto le permitiría comunicarse conmigo con creciente placer. La castración anal, que es la más importante, significó la realidad de los hechos de su historia y de ese modo permitió integrar las prohibiciones primeras del goce anal, que corresponden a la ley del análisis; por ejemplo: "Estamos aquí para decir, no para hacer", y "menos aun caca para la analista", habría podido añadir yo. La castración anal permitió a Marielle simbolizar el acto de hacer por decir y liberar su motricidad efectiva, fijada en una motricidad de goce sádico anal de su imagen de base, en una "motricidad simbolizada" que le dio la posibilidad de superar las inhibiciones para decir, pensar, interesarse, imaginar, superación que le permitió avanzar en el análisis.

El enunciado liberador fue: "Eso no es asunto suyo", tras haber precisado los lugares diferentes de la madre, la tía y el padre; y la prohibición de colocarse en posición de objeto de goce incestuoso entre los protagonistas.

Al trabajar con Marielle estos diferentes tipos de enunciación comprendí mejor de qué modo el analista, en posición de madre capaz de enunciar la ley, así sea la ley social, la ley del padre, puede practicar las castraciones simbólicas y permitir que se constituya lo que más tarde llamé espacio metonímico: espacio creado por el *no* de la madre, fruto de su enunciado de las castraciones y que asegurará la posibilidad de hacer efectiva la inscripción del significante del *Nombre-del-padre*\* en el sujeto, tal como Jacques Lacan nos permitió comprenderlo. La no inscripción de ese significante sella la organización de la estructura psicótica, pero no es su único causante. Sabemos ahora que la madre, al inscribir el espacio metonímico mediante la práctica correcta de las castraciones simbólicas, prepara lo que será luego el enunciado castrador edípico del padre, el de la ley, que permite al sujeto evitar la psicosis. También el analista puede, al final del trayecto, quedar en posición de enunciar a su vez esta ley y situarse en la posición de la así llamada transferencia *paterna*. Esto no dejó de producirse en el análisis de Marielle, en un clásico conflicto edípico, cuando ella misma se colocó en posición de seducir a su padrastro, objeto erótico de esa madre por fin recuperada. Pero esto tiene menos interés, Marielle había salido del peligro psicótico.

Si no se precipitó en la psicosis fue porque las "castraciones simbólicas" efectuadas durante el análisis permitieron que no se actualizara la potencialidad psicótica, perceptible en ella al comienzo de su cura y que había hecho retroceder antes a varios analistas.

### Harriet

En el caso de Harriet la psicosis estaba instalada y los objetos tenían serias dificultades para ser representados. Para que llegaran a hacerse representantes de la historia se necesitó un trabajo analítico bastante prolongado, con un matrimonio de formas<sup>6</sup>

\* *Non*, "no", y *nom*, "nombre", son homófonos. [N. de la T.]

<sup>6</sup> G. Pankow, *L'être là du schizophrène*, Paris, Aubier-Montaigne, 1981, pág. 43.

—afortunada expresión de Pankow— en el trabajo producido (piedras montadas, por ejemplo, que operaron una inscripción metonímica, lámina 9), un episodio de trans-inscripción que permitió esa inscripción significativa y una resolución de los mecanismos de escisión manifestados en series de enunciados fragmentados; lo que me obligó a aplicar una técnica particularmente gravosa. Sobrevinieron entonces penosas sesiones con crisis de agitación, durante las cuales se reconstruyó la imagen del cuerpo.<sup>7</sup>

Sólo después de esta construcción, una vez superada la resistencia opuesta por la crisis de agitación al surgimiento de un enunciado significativo, el trabajo analítico pudo reanudarse; y siempre en el mismo orden: reinvestidura del espacio de la sesión, de la transferencia, restablecimiento de la comunicación por el surgimiento de estos enunciados, fragmentos de relatos aislados pronunciados en forma de monosílabos y de manera sumamente dolorosa pero calma... Esta percepción de lo calmo/doloroso, que por mi parte equiparé a la salida de una cripta, a un descryptamiento en el sentido de Maria Torok y Nicolas Abraham,<sup>8</sup> es una experiencia difícil de transmitir. Lo mismo que en el caso de Paul, percibía en cada sesión cómo crecía la angustia frente a la proximidad de un decir inminente que no podía formularse. A cambio de éste, la crisis de agitación se presentaba como para *negociarlo*. Pero lo que se producía de ese decir era una suerte de enunciado cerrado, finito, como el contenido de una burbuja: por eso esa impresión de estar ante lo que Torok y Abraham llamaron la *cripta*.

Hay una apuesta en el psicótico cuando envía mensajes al terapeuta que son otros tantos mensajes en lo Real, recortes de Real, *figuras de lo Real*, trayendo objetos que parecen ser objetos de la realidad pero que él utiliza como metonimias de su historia o como pedazos de su delirio. Harriet, por ejemplo, mucho tiempo antes de las sesiones en las que pudo captarse el sentido de sus crisis de agitación—que detallaré más adelante, en el capítulo sobre la clínica de la imagen del cuerpo— me trajo un enorme e incómodo acuario que dejó en la sala de espera. En los meses siguientes, le

<sup>7</sup> Véase *infra*, su relato pormenorizado, Segunda parte, cap. 7, págs. 141-166.

<sup>8</sup> Véase N. Abraham y M. Torok, *Cryptonymie. Le verbier de l'homme aux loups*, Paris, Aubier-Flammarion, col. "La philosophie en effet", 1976, y *L'écorce et le noyau*, Paris, Flammarion, 1987.

agregará unos magníficos corales provenientes del mar Caribe. Más tarde me dirá que se trataba de un *pedazo* que representaba el lugar donde tuvo lugar el episodio traumático y destructor en la historia de su padre (historia de la serpiente de mar).

## 5. Trans-inscripción, pasaje por las representaciones del analista. El límite de lo tráfsero-contratransferencial

*Kevin*

Este ejemplo clínico permitirá tal vez entender mejor de qué modo, en el campo intersubjetivo organizado por la transferencia, se cumple el pasaje de los significantes del terapeuta al paciente y viceversa. Así lo propone Roland Gori:

[...] la interpretación no vale sino por el alcance de su acto de enunciación, cuyo determinismo revela depender estrechamente de la dinámica inconsciente de los procesos tráfsero-contratransferenciales.<sup>9</sup>

Lacan sostiene que la comunicación es hacer pasar al otro los propios significantes, pero ¿cómo se realiza esto? El propio Freud emite la misma hipótesis en su artículo sobre la telepatía.<sup>10</sup> En el capítulo anterior intenté explicitar esta paradoja de la comunicación denominando *trans-inscripción* a lo que pasa por el inconsciente del analista. Hoy me esfuerzo en ello intentando percibir lo que pasa, en la contratransferencia, al producirse una *disminución de vigilancia* como la que constituyen los instantes de adormecimiento en las sesiones.

No está muy de moda tratar este tema ni cae muy bien confesar

<sup>9</sup> R. Gori, en *La preuve par la parole. Sur la causalité en psychanalyse*, Paris, P.U.F., col. "Psychopathologie", 1996, pág. 2. Véase también pág. 174, donde el autor continúa y profundiza esta idea en los siguientes términos: "Las construcciones psicoanalíticas—las teorías forman parte de ellas— proceden de una dinámica tráfsero-contratransferencial donde la interpretación de la verdad del analista que esta dinámica encubre participa de su análisis, continuado más allá del tiempo de las sesiones".

<sup>10</sup> Véase S. Freud, "Psychanalyse et télépathie", en *Œuvres complètes*, op. cit. "Psicoanálisis y telepatía", en *Obras completas*, op. cit.

que, a modo de atención *flotante*, uno se ha dejado lisa y llanamente *merger*,\* en vez de hacer lo que aconseja la divisa de París: "fluctuat nec mergitur". Me parece entonces muy bien elegido el término de *atención flotante* para describir la atención que Freud propone al analista para escuchar a su paciente. La *atención suspendida*—que Laplanche nos sugiere hoy como traducción— nos deja en la duda: ¿qué podría ser lo inverso de *suspendida*?

Sin embargo, no *merge* quien quiere ni en cualquier momento. Lo que dice el paciente prevalece de lejos sobre el azar del cansancio o sobre cualquier otro elemento circunstancial, racional y defensivo que se pudiera alegar.

Quisiera dar testimonio de que, al no tenerse en cuenta el efecto de trans-inscripción (al menos lo que yo denomino así), hay riesgo de perder la oportunidad de una interpretación posible capaz de hacer avanzar el análisis.

Me explico: uno puede quedarse pegado al significado que vehiculizaba el discurso del paciente, pero puede también tratar de percibir qué significante estaba en juego en el espacio de la transferencia entre el paciente y el terapeuta.

Veamos un ejemplo. Se trata de un hombre joven al que recibo por un breve período.

Cierta vez en que recibí a Kevin muy temprano después de una corta noche en la que había descansado poco, me adormecí durante un instante en la sesión frente a frente. Cuando salí de mi adormilamiento, el paciente, muy coartado y reconcentrado, me comentó después de un rato: "Usted se durmió, yo me quedé solo".

Le confirmé el dato y agregué cuán importante era este tipo de fenómenos para el análisis—ya no recuerdo si le dije que estas cosas no ocurrían prácticamente nunca o que no debían ocurrir—y, para reinsertar el suceso en el curso del análisis, añadí que debíamos repasar exactamente lo que se había dicho y que probablemente yo no había podido oír, puesto que me había *abstraído* de la escena.

Un tanto sorprendido, mi paciente reinició su discurso, centrado en su temor a que muriese su abuela; ésta lo había criado y era, según él, la figura central de su infancia. De ahí su miedo a que ella lo abandonara.

Yo habría podido evocar entonces su miedo a ser abandonado *de*

\* Así consta en el original. Se trata seguramente de un juego con el verbo latino *mergo, mersi, mersum*, que significa "sumergir, hundir". [N. de la T.]

*nuevo*, que parecía aplicarse aquí como sentimiento directamente vivido a causa de mi adormecimiento. Pero rechacé esta hipótesis por cuanto, en circunstancias del mismo tipo, ya había podido comprobar que algo había pasado, algo significativo que dejamos escapar cuando pretendemos limitarnos a lo que suministran los afectos traducidos por el discurso del paciente.

Le propuse entonces revisar juntos las últimas palabras dichas por él y que yo hubiera podido oír antes de *dormirme*. Me dijo: "Estaba diciendo que tenía miedo de ver morir a mi abuela, sólo la tengo a ella. Es como mi madre, pero es vieja, aunque muy fuerte". De todo esto me acordaba yo perfectamente, había sido antes de mi "mergimiento".

Luego dijo que se había asustado realmente pues su abuela debía realizarse exámenes y el médico temía un cáncer. Aquí estaba el significante en el que yo había *mergido*. El significante *cáncer*, inscripto dolorosamente en mi vida.

Mi madre murió de cáncer, pero la manera en que viví esa muerte la convirtió en una experiencia que el significante *cáncer* nunca deja de actualizarme.

Así pues, el significante *cáncer*—dicho por mi paciente— fue el que indujo por deslizamiento la muerte de la *madre* (y no ya de la *abuela* cuya suerte inquietaba a Kevin), y fue ante este significante *cáncer* que desaparecí en tanto analista. Yo debía reintroducir, pues, este significante en el análisis.

Señalé a mi paciente que debía reflexionar un minuto sobre el suceso. No se trataba de obrar como escuché decirlo de colegas norteamericanos:<sup>11</sup> según ellos había que *hacer* el análisis de la contratransferencia con los pacientes, es decir, ni más ni menos, comentar los afectos que sentían durante su discurso. No se trata de nada de todo esto. Mi paciente no supo nada de lo que sucedió en mí en ese instante en que me dormí, pero tuvo la devolución. Le pregunté: "¿Se trata de la muerte de su madre?" Mi paciente se deshizo entonces en lágrimas y lloró durante varios minutos antes de poder hablar.

He aquí su relato. Yo sabía que su madre había muerto de joven y que él había sido confiado a su abuela (materna, creo). Pero su

<sup>11</sup> Encuentro con colegas norteamericanos. Coloquio celebrado en París los días 4 y 5 de noviembre de 1994, organizado por el Laboratorio de psicopatología fundamental y psicoanálisis de la universidad París VII—Denis-Diderot.

relato en sesión, ese día, expresó el trauma por esa muerte. Tenía cinco años, estaba solo con su madre, muy joven mujer aún y ya separada del padre de mi paciente. Ambos progenitores eran jóvenes adictos a la heroína. La familia del padre había intervenido para que se prestara asistencia a su hijo, alejándolo de su compañera y confiando ésta a su propia familia, la cual la rechazó casi de inmediato. Esta muchacha, que no tenía trabajo, sólo pudo subsistir desde entonces gracias a la ayuda de amigos. La familia del marido le entregaba escasas veces a su hijo. En resumen, un día en que él estaba con ella, ella se drogó mientras él hacía la siesta y cuando mi paciente se despertó, la buscó y la encontró muerta por sobredosis sobre la mesa de la cocina.

Así, en contra de lo que un análisis superficial de la contratransferencia habría pretendido —atendiendo únicamente a los sucesos conscientes convocados por el discurso del paciente—, mi adormecimiento redobló su angustia de abandono frente a la eventualidad de la muerte de la abuela, que, podríamos decir, redoblaba la de su madre. No cabe duda de que podríamos decirlo, pero por deducción y no porque interviniese ningún elemento suministrado por el paciente. Este elemento se hallaba fuertemente reprimido pues, desde el comienzo de sus encuentros conmigo, el paciente había mencionado la muerte de su madre pero sin manifestar ninguna emoción y sólo una o dos veces, de manera incidental.

Este ejemplo revela hasta qué punto, en el curso de un análisis, los *actings* de todo tipo, incluidos los del analista, deben ser tomados como material a insertar en la cura del paciente y no a distraerlos de ella, vale decir, a dejarlo sin amarras bajo el discreto velo de la contratransferencia. Estos *actings* pueden iniciar el análisis de las trans-inscripciones. La contratransferencia es la transferencia del analista, solía decir Lacan. Todo lo demuestra, pero a condición de recordar que, de lo que se trata, es del análisis del paciente.

Lo que acabo de puntualizar me parece particularmente válido en situaciones institucionales, en oportunidad de ciertos encuentros o reuniones de trabajo donde también es frecuente que uno se *abstraiga*.

Concluiré este capítulo con algunas observaciones.  
Comprender lo que funciona en el fenómeno llamado *de comu-*

*nicación de inconsciente a inconsciente* no es habitual; más que comprenderlo, se lo constata, especialmente en las curas analíticas con pacientes psicóticos. Cuando se presenta, permite retomar las cosas sabidas y oírlas de otra manera. Esto se practica en clínicas institucionales donde se acepta la existencia del fenómeno, pues además es preciso que no se nos atribuya en un equipo ninguna leve locura si concedemos alguna realidad a este tipo de cosas.<sup>12</sup>

Añadiré que anglosajones como Searles han estudiado bien estos fenómenos. Pero cuando por mi parte hablo de trans-inscripción, ¿se trata por entero de la misma cosa?

Me interrogo a mi vez sobre la extensión o no de ese mecanismo que he llamado *trans-inscripción*. En el caso de mi paciente Kevin, la cuestión de la estructura estaba aún poco clara.

Subsiste algo que, a mis ojos, es insoslayable. En el caso de un paciente psicótico, el acto en el análisis debe ser asignado al campo de la intersubjetividad. En este caso, ¿podría el *acto analítico* tener la misma definición que en el del neurótico?<sup>13</sup> Militaría por una inscripción que, evitando utilizar las categorías de pasaje al acto y *acting-out*, reordenara e inscribiese por primera vez la historia del sujeto en el enunciado temporal. En el caso del neurótico, en cambio, se trata de sacarla a la luz. ¿Cómo plantear entonces en esas curas la destitución del sujeto analista, postulada como fin de análisis en el paciente neurótico? ¿Cómo se da esto en el análisis de un paciente psicótico, dado que asimismo es tenida por faltante la función del *a, causa y objeto del deseo*?

Émilie, otra paciente, me interrogaba angustiada: "Si usted no está aquí, ¿yo dónde estoy?"

Yo no tenía respuesta.

<sup>12</sup> En este fenómeno se basan, entre otros, ciertos dispositivos como las "reuniones de constelaciones" practicados en La Borde hasta la década de 1970.

<sup>13</sup> Ésta es una de las preguntas que se plantea J. Lacan al consagrar todo un año de seminario a la cuestión del acto. Véase *L'Acte psychanalytique*, Libro XV (1967-1968), seminario inédito.